

## LAS MUJERES DE MI VIDA de Imanol Pastor Sola

---

Cuentan que nació una hermosa mañana de marzo, que el sol aquel día regalaba abrazos y caricias a través de sus rayos dorados. Cuentan, también, que iba un poco rezagado, y que el último tramo hasta ver la luz, me costó un buen rato. Pero, al fin, llegué. Me estaba esperando con los brazos abiertos, tan cálidos, tan confortables. Ella fue la primera, la que me dio la vida, la que cada noche, durante muchos años, se acurrucaba en mi cama y me contaba cuentos de lobitos buenos, de hermosas brujas y de piratas honrados, la que me daba un beso antes de dormir. Ella fue la que me enseñó a perseguir “imposibles”, a contar estrellas, a pelear por los sueños. Y en ese camino...Me presentó a Ilusión, me enamoré de ella perdidamente, tenía los labios de un rojo brillante. Era fresca, alegre y vital. Durante mucho tiempo fue como mi otra mitad. Me mostró senderos hasta entonces desconocidos. Ella también insistía en que los sueños, si los persigues, se hacen realidad.

Pero llegó Adolescencia y, con ella, Indiferencia. Me distrajeron del camino, zigzagueé, di muchos tumbos. En el fondo no entendía por qué me seducían pues desconfiaba de sus miradas distraídas y algo frías. Tiñeron de grises mi corazón. Y para colmo de males, apareció Melancolía y le robó el sitio en mi cama a aquella que, con tanto cariño, me contaba cuentos cada noche. Porque ahora era Melancolía la que me abrazaba, la que lamía mis heridas y se acurrucaba, noche tras noche, a mi lado. Cada mañana, al levantarme, sólo había negros nubarrones tras la ventana.

Y en medio de aquella negrura apareció una bella dama, se llamaba Soledad. Mantuvimos una relación extraña y, aunque he de reconocer que no fue la mejor compañía, fue ella la que, hurgando en mis cicatrices, me ayudó a convertir mi rabia en palabras con las que llenar miles de hojas blancas, con las que conseguí recuperar los recuerdos y liberar ilusiones cautivas.

La vida pasaba rápido mientras yo vivía un septiembre eterno donde me sentía sólo, como si me lo hubiesen robado todo. ¡Malditas enemigas! Creyeron que podrían conmigo pero, cuando más hundido estaba, al doblar aquella esquina me encontré con Pasión que me ayudó a abandonar a esas que me robaban los días felices. En su regazo se deshizo el hechizo en el que me mantenían preso. Fue el bálsamo para mis heridas, me recordaba a

Ilusión por sus labios rojos, destilaba energía y entusiasmo. Con ella me estremecía de placer mientras volvía a contar estrellas, a recuperar “imposibles”, a creer en los sueños... Poco a poco, los restos del naufragio se convertían en algo hermoso.

Mi creatividad daba sus frutos y mi autoestima crecía con empeño y determinación. Había encontrado el estímulo que necesitaba para seguir adelante pues, sin pretenderlo, encontré a Constancia en el camino. Disciplinada como ninguna, me animó a no abandonar. Cuanto más la conocía más fácil era recobrar el ánimo y creer en el éxito. Quería convertirme en un coleccionista de palabras, reunir las y crear con ellas algo digno de recordar. ¡Quería estar entre los mejores! Y ella me animaba a perseguir mis ilusiones con ahínco.

Pero como todas las cosas buenas, mi felicidad duró poco. Pronto apareció Envidia con su lengua pérfida. Mentía y envenenaba. ¡No quería escucharla! Pero hipnotizaba a todos con su cantinela y consiguió quebrar mi fe y mi entusiasmo. El dolor y la desdicha me hicieron compañía y volvieron a mi vida mis viejas amantes: Nostalgia me acariciaba con sus manos frías, Soledad paralizó mi corazón con sus abrazos y Melancolía volvió a acurrucarse a mi lado cada noche.

Me abandoné a su suerte, las dejé compartir el lecho conmigo, mientras hurgaban en mis heridas con sus dedos fríos. La tristeza, el silencio y las lágrimas se agolpaban en mi interior y enfriaban mi corazón. Me reproché a mí mismo los anhelos ignorados, los sentimientos guardados. Intenté reparar el daño, no sabía cómo hacerlo, procuré unir los pedazos de mi alma sin dejar cicatrices, pero era imposible... Ilusión, Pasión, Constancia... no me habían abandonado, yo las había echado, yo les había abierto la puerta y les había mostrado el camino.

Soledad me acompañaba y me atormentaba a cada momento hasta hacerme creer que la alegría vivida había sido sólo un espejismo. Pero...

De repente llegó a mi sin apenas proponérselo, me acarició y ya nada volvió a ser igual. Los colores eran más intensos, las fragancias más vivas. Fue la luz en mis noches oscuras. Vi sus grandes ojos verdes a lo lejos y sentí que ya nada sería como antes. Intentaba alcanzarla entre la muchedumbre y desaparecía constantemente, conforme me acercaba a ella, parecía alejarse como invitándome a seguir esforzándome. Y yo, ¡juro que seguí adelante! Hasta que, al fin, le di alcance. Me sonrió complacida, me estaba esperando. Ella es mi causa y mi efecto, mi playa y mi mar, es mi eterna compañera. Su nombre es Esperanza.

Hoy sé que vivir es un continuo abrir pasiones y heridas, encuentros y abandonos, flores con espinas. Y que, de cuando en cuando, volverán mis viejas amantes a reabrir cicatrices que nunca terminan de cerrar, a revolver los restos de un naufragio que me llevó a conocer otros lugares nunca imaginados. Porque he sobrevivido al desastre y no reniego de ellas, bellas damas que intentaron robarme la vida. Por ellas busqué la luz bajo los escombros y encontré unos ojos verdes que ya no me abandonarán jamás. Y es que todo es nuevo cuando, por fin, te acarician sus manos.